

razon : la razon, rayo de la Divinidad, mata una institucion que es inconciliable con la libertad del espíritu humano.

SECCION III.—FEDERICO II.

§ I.—Los últimos Hohenstaufen y el Pontificado.

Inocencio III combate durante diez años por apartar á la casa de Suabia del trono de Alemania. Apénas vencedor, se ve obligado á excomulgar á su protegido, y para derribarle apoya al último y más grande de los Hohenstaufen, Federico II. Inocencio inaugura sin saberlo una nueva lucha, más furiosa, más trágica que todas las que habian desgarrado al mundo cristiano, pero tambien más decisiva : el Imperio con todas sus pretensiones muere en la persona de Federico. Era heredero de la ambicion de su raza. Enrique VI, su padre, reunió la corona de Sicilia y de Nápoles á las tres coronas que adornaban ya la frente del Emperador; vecino del Imperio griego, que estaba en plena decadencia, pensaba que sería fácil conquistar á Constantinopla : se hubiera reunido el Imperio de Oriente al de Occidente, y la unidad romana se hubiera reconstituido. Se creía á Enrique VI capaz de realizar estos designios, cuando la muerte le detuvo (1). Federico fué acusado por el papa Inocencio IV de pretender el mismo fin (2); se le acusaba de abrigar esperanzas ilimitadas, fundándose en ciertos presagios (3); decíase que habia jurado reconquistar todas las pose-

(1) OTTONIS DE SANCTO BLASIO, *Chronic.*, c. 43, 45 (MURATORI, *Scriptores* t. VI, p. 900 y sig.): « *Cujus virtute et industria decus Imperii in antiquæ dignitatis statum refluisset.* »

(2) *Carta del Papa*, en RAUMER, IV, 122.

(3) Se cita este epigrama :

« *Fata docent, stalloque movent, aviumque volatus.* »

siones separadas del Imperio de los Césares (1). Él mismo se complacia en recordar á los Romanos la grandeza de sus antepasados, el brillo de sus victorias, lo inmenso de su dominación (2); queria reanimar la ambicion que habia hecho de algunos refugiados los señores de la tierra; anunciaba á los *Quirites* (así es como llamaban á los descendientes degenerados de los vencedores del mundo) (3) las victorias que alcanzaba sobre sus enemigos, puesto que eran inseparables la gloria del Emperador y la de la Ciudad Eterna (4). El objeto supremo de Federico era restablecer el nombre romano tal cual existia en los tiempos antiguos (5). Pero los Césares no tenian enfrente de sí á los papas, que ejercian, como órganos de Dios, el poder espiritual; aún cuando abrazaron el cristianismo, conservaron una especie de supremacía sobre la Iglesia, y sus sucesores se negaron siempre á rebajar la dignidad del Emperador ante la del Pontífice. A ejemplo de ellos, quiso Federico II ser un César independiente de los vicarios de Cristo, que pretendian dominar sobre los reyes (6).

La Iglesia no podia consentir en la independencia de los emperadores y de los reyes sin abdicar. El poder espiritual que la cristiandad le reconocia la conducia fatalmente á usurpar el poder temporal. Hay usurpacion bajo el punto de vista de las ideas modernas acerca del Estado; pero en la Edad Media esta usurpacion era providencial. El Estado no podia en el siglo XIII separarse de

Totius mundi malleus unus erit. »

El papa Gregorio IX respondió, según se dice :

« *Fama refert, scriptura docet, peccata loquuntur,
Quod tibi vita brevis, pena perennis erit.* »

(RAYNALDUS, *Annales Ecclesiast.*, ad a. 1238, núm. 28.)

(1) MATTH. PARIS, *Hist. Maj.*, 1239, ad. a., p. 410.

(2) *Historia diplomática, Friderici II*, t. IV, p. 991-903 : « *Habetis Cæsarem qui pro exaltatione romani Imperii personam exposuit, laboribus non pepercit.* »

(3) DE VINEIS, *Epist.*, I, 7.

(4) *Epistola Senatui Populoque romano*, en MARTENE, *Collect. Ampliss.*, t. II, p. 1190.

(5) MATTH. PARIS, ad. a. 1239, p. 416 : « *Ad reformandum romanum nomen sicut in die antiquis et exaltandum romani statum Imperii, continuis laboribus intendamus.* »

(6) FRIDERICI *Mandatum contra convocationem concilii* (PERTZ, II, 338) : « *Nobis, imperio, et omnibus terræ principibus indecentissimum judicamus, causam honoris nostri subicere iudicio synodali.* »

la Iglesia: la fuerza de las cosas los unía. La Iglesia dependía del Estado por sus posesiones; el Estado dependía de la Iglesia, porque la Iglesia tenía en sí misma el principio de todo poder, el imperio sobre los espíritus; el orden civil era una emanación del orden religioso. La independencia de la Iglesia y el Estado en este orden de cosas era imposible; la Iglesia debía dominar sobre el Estado ó el Estado sobre la Iglesia. Pero el Estado no tenía las condiciones necesarias para ejercer la dominación: hubiese sido someter el alma al cuerpo, la inteligencia á la materia, el derecho á la fuerza. La Iglesia hubiera perecido en esta dependencia. Tratábase, pues, para la Iglesia y para el Pontificado, que es su órgano, de ser ó de no ser. Hé aquí por qué persiguió á los Hohenstaufen hasta la extinción de aquella raza, en la que se encarnaban el orgullo y las pretensiones del poder temporal.

Preciso es recordar la misión del Pontificado en la Edad Media para apreciar con calma la lucha de los Pontífices de Roma contra los Hohenstaufen. La pasión más furiosa, el odio, domina á los que se titulan vicarios de Dios. No tienen más que un fin, elevar el poder de la Santa Sede sobre las ruinas de los Hohenstaufen y del Imperio; para llegar á él no retroceden ante ningún medio. La influencia espiritual de que disponen se convierte en un instrumento de guerra. Los siervos de los siervos de Dios se hacen déspotas para explotar la Iglesia contra sus enemigos; siembran la división, la anarquía, la traición. Para vencer llaman en su ayuda al hombre más duro, más cruel de su tiempo; insensible como la espada, Carlos de Anjou hace caer la cabeza del joven Conradino. Los papas desempeñan, al parecer, el papel de verdugos. ¿Y cuál es la familia que persiguen desde la cuna del niño hasta la tumba del guerrero muerto como un héroe?

Federico II es el hombre más extraordinario de la Edad Media: el Oriente celebra su gloria, el Occidente no pudo creer en su muerte (1). Fué grande como príncipe, grande como hombre. Fué el primer emperador que pensó en ser el legislador de su pueblo; en medio de una edad en que dominaba la fuerza quiso

(1) Se creía que había de vivir hasta el fin del mundo. (J. VON MÜLLER, *Reisen der Papste*).

hacer reinar el derecho (1). Vástago de una raza ilustre, no le cegó su elevado nacimiento acerca de sus deberes de rey; oíganos las instrucciones que da á su hijo: « Los príncipes nacen como los demás hombres, mueren lo mismo que ellos. Lo que los debe distinguir no es la naturaleza, sino la virtud, la sabiduría, la grandeza de alma. Las insignias de la dignidad real no harán de tí un rey si tú no las adornas con cualidades reales. No somos reyes más que en tanto que sabemos gobernar á nuestros súbditos; si nos falta la inteligencia dejamos de serlo» (2). El Emperador practicó los consejos que daba á su hijo; fué el más cumplido príncipe de su siglo (3). Superior á su tiempo, se preocupaba por todo lo que se refiere al hombre y al desenvolvimiento de sus facultades. Federico cultivó la poesía y la filosofía, protegió las ciencias (4). Habiendo hecho traducir al latín las obras de Aristóteles, las envió á la universidad de Bolonia, á pesar de que la ciudad le era hostil; en su carta dice: « La ciencia debe marchar en armonía con las leyes y las armas para activar ó moderar el movimiento del espíritu. Desde nuestra juventud hemos amado la ciencia; hoy, que nos ha sido confiado el cuidado del Reino y que la multitud de negocios no nos deja momento alguno, tratamos, sin embargo, de robar algunos instantes á los negocios de Estado para consagrarlos á la lectura, á fin de que se fortifique el vigor de nuestra alma con la adquisición de la ciencia, de ese bien sin el cual no podría ser dignamente empleada la vida del hombre. Con este objeto hemos hecho traducir las obras de Aristóteles; pero

(1) *Constitutio Pacis*, a. 1235 (PERTZ, *Leg.* II, 313 y sig.): *Imperialis eminentiæ solium nutu divinæ provisionis adepti, circa regimen subjectorum consilia nostra duplici vinculo pacis et justitiæ roborunda providimus... Ut nemo se vindicet sine iudicis auctoritate. Ad hoc magistratus et jura sunt prodita, ne quis sui doloris vindex sit, quia ubi juris cessat auctoritas, excedit licentia serviendi.* — *Constitutiones Regni Sicilia*, lib. I, tit. VIII (*Historia diplomatica Federici II*, t. IV, p. 12): « *Pacis cultum, qui a justitia abesse non potest, per universas et singulas partes regni nostri precipimus observari...* »

(2) *Epistola Conrado filio*, en MARTENE, *Amplissima Collectio*, t. II, p. 1165 y sig.

(3) J. VON MÜLLER dice de Federico II: « *Kaiser Friedrich war an Heldensinn den alten grossen Casarn gleich; an Aufklärung den meisten überlegen.* »

(4) NIC. DE JAMSILLA, *Historia* (MURATORI, VIII, p. 495): « *Philosophia studiosus erat, quam et ipse voluit et in regno suo propagari ordinavit.* »

como la posesion liberal de las ciencias no desmerece cuando llega á muchos, ántes bien, la extension que se le da la garantiza de todo detrimento, siendo tanto más duradera cuanto más se la difunde, no queremos tener guardado el fruto de nuestros cuidados, y hemos pensado que no podiamos disfrutar de ellas más que haciendo participar á los demas de tan gran beneficio. Nadie tiene tanto derecho á poseer las fuentes de la sabiduría antigua como los hombres que se sirven de ella para satisfacer la sed de ciencia de la juventud. Aceptad, pues, estos volúmenes como un presente de vuestro amigo el Emperador» (1). En otro lugar Federico II escribió estas bellas frases, que no parecen del siglo XIII: «Creemos que nos conviene dar á nuestros súbditos medios de instruccion; la ciencia los hará más capaces de gobernarse á sí mismos y de servir al Estado» (2). El Emperador abrió por todas partes escuelas, llamó á los mejores profesores, pensionó á alumnos pobres, á fin de que ninguna clase del Estado estuviese alejada del estudio por la indigencia (3). No solamente sirvió la ciencia para desarrollar la inteligencia de Federico, sino que tambien endulzó su carácter y humanizó sus costumbres. Emancipó á los siervos de sus dominios (4), legó la libertad á todos los prisioneros (5). Comprometido en una lucha á muerte con el Papa, no pudo el Emperador transmitir á sus hijos su poder, pero les dejó una herencia más bella: la de su genio. Conrado (6) y Manfredo (7) hubieran

(1) DE VINEIS, *Epist.* III, 67.—JOURDAIN, *Investigaciones sobre las traducciones latinas de Aristóteles*, p. 156-165.

(2) *Epist. Vercellensibus*, en MARTENE, *Amplissima Collectio*, t. II, p. 1141.

(3) DE JAMSILLA, *Historia Conradi et Manfredi*, Præm. (MURATORI, VIII, 496).

(4) FRIDERICI, *Constitutiones*, 164.

(5) PERTZ, *Leg.* t. II, p. 259.

(6) MATTH. PARIS, *ad a.* 1252, p. 725: «*Conradus, tum propter sui generis præclaræ excellentiam, tum propter suam innatam benignitatem, tum propter insuperabilem in militia strenuitatem, audaciam et peritiam preliandi, omnibus magnatibus acceptus existit et gratiosus.*»

(7) DE JAMSILLA, *Histor.* (MURATORI, VIII, 498 y sig.): «*Manfredus patrum gratiarum atque virtutum heres fuit, universalisque successor. — Philosophiæ filius et alumnus.*»

MALASPINA, *Hist.* I, 3 (MURATORI, VIII, 790): «*Manfredus lucifer dici poterat in tota posteritate Cæsarea.*»

Los trovadores franceses, áun siendo del partido de Carlos Anjou, hacen un

sido dignos de su padre si Dios les hubiera concedido vida.

Cuando se comparan estas brillantes figuras con la fria crueldad del príncipe que el Pontificado elevó sobre los cadáveres de los Hohenstaufen, dan ganas de maldecir á los adversarios de Federico. Gregorio IX é Inocencio IV no están á la altura de los grandes papas, cuyos nombres llevan. El Pontificado, al aspirar á la dominacion del mundo, sufrió las fatales consecuencias de su ambicion; arrastrado por las pasiones humanas, no tiene de grande más que la enormidad de sus pretensiones. Sin embargo, áun cuando la historia deba reprobear los sentimientos de odio de los vicarios de Cristo, áun cuando deba derramar una lágrima sobre las tumbas de Manfredo y de Conradino, no podria sentir la caída de los Hohenstaufen. La Providencia misma prestó su apoyo para acelerar su ruina; arrebató los hijos de Federico II en la flor de su edad, como habia arrebatado al hijo de Federico Barbaroja. Si la ambicion de los Hohenstaufen hubiera podido realizarse, hubiese acabado la civilizacion cristiana. Se ha acusado á Federico II de herejía; es cierto que no participa de las creencias del mundo católico del siglo XIII. Era tolerante en una edad en que la intolerancia era esencial en el creyente; de su desdeñosa tolerancia á la indiferencia y á la incredulidad no habia más que un paso. Se decia que el Emperador equiparaba la fe de Mahoma y la de Cristo; se decia que veia un impostor afortunado en aquel á quien los fieles adoraban como al Hijo de Dios. ¡Así, pues, el jefe temporal de la cristiandad, el defensor de la Iglesia católica negaba la revelacion! Federico se anticipaba muchos siglos á su tiempo. No necesitaba la Edad Media de un libre-pensador, un amigo de los Sarracenos; necesitaba una educacion cristiana; esta educacion no podia recibirla más que de una Iglesia libre, independiente, y la libertad de la Iglesia estaba ligada á la libertad del Pontificado. Pero ¿cómo hubiera permanecido libre é independiente el Ponti-

magnífico elogio de Manfredo; dicen que

En lui ne falóit rien, fors que seulement foi.

(Nada faltaba en él más que la fe).

(Poema de ADAM DE LA HALLE, cantor del conde de Anjou, en RUTEBEUF, edic. de JUBINAL, t. I, p. 435).

ficado si los Hohenstaufen hubieran llegado á consolidar su dominacion desde el Rhin y el Ródano hasta la Sicilia? Los papas hubieran descendido á la categoría de patriarcas, y la Europa germánica hubiera hecho simetría con el Bajo-Imperio.

La ambicion temporal de los Hohenstaufen era tan funesta á la humanidad como su oposicion contra la Iglesia. Federico II, con todas sus brillantes cualidades, no ha hecho la felicidad de sus súbditos. Los historiadores alemanes le critican amargamente el abandono de la Alemania (1); los Italianos, salvo algunos raros años de paz, no han conocido al gran Emperador más que por los males de la guerra y la opresion del fisco (2). Empleó un largo reinado en intentar un fin imposible; no bastan las fuerzas humanas para soportar el peso de una monarquía universal. La falsa ambicion del Imperio condujo á Federico II al empleo de medios falsos. Reprimió el espíritu de libertad que agitaba á las ciudades de Italia y de Alemania, y favoreció los privilegios de la nobleza feudal (3). Así, pues, la absorcion de las nacionalidades, la destruccion de la libertad en su primer gérmen, y con esto un cristianismo impotente; hé aquí lo que la dominacion de los Hohenstaufen preparaba á la Europa.

Hoy, que el Imperio ha caido y con él todas las tentativas de monarquía universal; hoy, que no creemos ni áun en la posibilidad de semejante dominacion, nos es difícil comprender los peligros que han amenazado al mundo en la Edad Media. Es verdad que la raza germánica no tenía el genio de la unidad, pero tenía la fuerza; si los emperadores hubiesen llegado á subordinar el Pontificado, ¿quién puede prever las fatales consecuencias de semejante concentracion del poder espiritual y del poder temporal

(1) LUDEN, *Historia de los Alemanes*, lib. 26, c. 1.

(2) Un legista italiano dice que Federico ha merecido el infierno por su tiranía: *per quod videtur ille Fredericus quiescere in pice, et non in pace.* ANDREAS ISERN. *Commentar.*, lib. 1, tit. 7.

(3) *Advers. Rebelles Italice*, en BALUZE, *Miscell.* I, 452: «*Productam jam ad alias regiones libertatis invidiosa propaginem nitimur supplantare.*» — *C. Confederatio cum princip. ecclesiasticis*, a. 1220 (PERTZ, *Leg.* II, 236); *Statutum in favorem principum*, a. 1231 (PERTZ, *ib.* 282, 291 y sig.).—Los decretos dados por la dieta de Rávena disuelven todos los municipios y todas las asociaciones formadas sin el consentimiento de los obispos (PERTZ, II, 286).

en una sola mano? Añádase á esto el genio de los Hohenstaufen, la creencia de que los emperadores eran los legítimos herederos de los Césares, la ambicion que iba anexa al título de jefe temporal de la cristiandad. Habia allí indudablemente elementos para una dominacion que hubiera podido detener el desarrollo de las nacionalidades y comprometer el porvenir de la civilizacion. Los papas han salvado de este peligro al mundo occidental. Es preciso acordarse del abismo á que condujo el Imperio romano á las naciones europeas para apreciar la importancia del servicio que Roma cristiana hizo á la humanidad: la preservó de la muerte más vergonzosa, de la podredumbre moral (1).

Es verdad que Roma cristiana, al combatir á los emperadores, no pensaba en reivindicar la libertad de los pueblos; pretendia en el terreno espiritual el mismo fin que los emperadores. El Pontificado tambien era arrastrado fatalmente á la monarquía universal. El mundo cristiano reconoce en él la soberanía espiritual, pero la soberanía, conquistadora por su naturaleza, no admite semejante division; ¿cómo no habia de aspirar el soberano de las almas á la dominacion de los cuerpos? Si los papas no hubiesen encontrado en su camino una soberanía rival, la Europa hubiera visto reproducirse el espectáculo del Asia: un hombre, representante de Dios, hubiera gobernado á los pueblos cristianos. Este califato cristiano hubiera sido la más monstruosa de todas las monarquías universales; el cristianismo hubiera perecido en él juntamente con la libertad y las nacionalidades. Se necesitó nada ménos que de una lucha secular para librar á la Europa de este peligro. Los Hohenstaufen son grandes como individuos, son grandes tambien como instrumentos escogidos por Dios para el cumplimiento de sus designios; gracias á ellos, se ha librado la humanidad del peor de los despotismos, del despotismo teocrático.

Bajo este punto de vista es como debe apreciarse á los Hohenstaufen y á sus adversarios. Si miramos solamente á los hechos, no hay espectáculo más doloroso que el de la lucha desesperada de los papas contra Federico II y sus descendientes: es como una disolucion universal de todos los lazos sociales y morales. Con la vista

(1) J. VON MÜLLER, *Reisen der Papste*.

en el porvenir, puede la historia reconciliarse con el pasado. La historia no excusa, no justifica las faltas ni los crímenes de los hombres, estén colocados en la cátedra de San Pedro ó en el trono de los Césares; pero justifica á la Providencia, da la certidumbre de que una mano invisible preside, lo mismo á los destinos de los pueblos que á los destinos de los individuos; consuela á los hombres en las épocas de agonía en que el mundo parece abandonado por Dios y entregado á la fatalidad. No, no hay fatalidad: vivimos, avanzamos bajo la mano de la Providencia: ésta es la lección más elevada, la enseñanza más saludable de la historia. Aceptemos las desgracias que nos aflijan como un instrumento de que Dios se sirve para conducirnos hácia el término que él ha marcado á los destinos del género humano.

§. II.—Federico II.

N.º 1.—Federico II y Gregorio IX.

Apénas subió Gregorio IX al trono de San Pedro, lanzó la excomunión contra Federico; á partir de este momento la lucha es permanente, las reconciliaciones pasajeras no son más que treguas. ¿Por qué esta súbita animosidad contra el emperador? ¿Ha destituido al Vicario de Cristo, como Enrique IV? ¿Ha nombrado un Papa á su gusto como Barbaroja? Federico ha heredado de la sangre normanda demasiada flexibilidad y astucia para chocar de frente con el terrible poder que domina las almas. El Papa es el que ataca. Federico había abrazado la cruz desde su advenimiento; al recibir la corona imperial, renovó su voto y se sometió á la excomunión si en un plazo determinado no partía para la Tierra Santa. Este plazo fué prolongado tres veces. Por fin se reúne el ejército de los cruzados; el Emperador se embarca, pero se vuelve atrás alegando como causa su enfermedad. Gregorio echa en cara amargamente á Federico su ingratitud: «La Iglesia lo ha recibido, por decirlo así, al salir del seno de su madre; lo ha amamantado á sus pechos y llevado en sus brazos; lo ha arrancado de las

manos de aquellos que querían atentar á su vida; lo ha conducido á fuerza de penas y de cuidados hasta la edad de hombre; lo ha investido con la dignidad real, y por último, para poner el colmo á sus beneficios, con el título magnífico de Emperador, esperando encontrar en él un defensor y un apoyo. ¿Cómo ha respondido Federico á estos favores? Engañando á la Santa Sede con sus falaces promesas. Si la cruzada, tan penosamente preparada ha fracasado, ha sido por la mala voluntad del Emperador...» *Para no parecerse á un perro mudo que no puede ladrar*, Gregorio declara excomulgado á Federico, y prohíbe á todos los fieles tener con él el menor comercio (1).

Un cronista contemporáneo, el *abate de Ursperg*, dice que Gregorio excomulgó á Federico por orgullo y sin motivo legítimo (2). Es cierto que el emperador se había sometido á la excomunión, si no partía para la Tierra Santa; pero ¿no era más que un pretexto la enfermedad que alegaba? Federico hizo protestas de sinceridad; apeló ante toda la cristiandad: al testimonio de Aquel que es testigo fiel en el cielo; afirmó que en cuanto Dios le devolviese la salud, cumpliría su voto (3). El Emperador no se limitó á esta defensa; irritado con las malévolas insinuaciones del Papa y con el meloso lenguaje con que se las cubría, escribió á los príncipes cristianos, para hacerles ver lo que querían decir aquellas dulces palabras de madre que la Iglesia romana tenía siempre en los labios: «¡Se le echaba en cara la ingratitud! ¿por qué servicios? ¿Era por haberle arrebatado desde la cuna el trono de Alemania, al cual le llamaban los juramentos prestados por los príncipes? ¿Era por haberle entregado el reino de Sicilia desgarrado, debilitado? ¿Era por haber hecho de él un arma contra Oton? Lo que la corte romana ha sido para mí, lo es para todos: se llama

(1) MATTH. PARIS, *ad a.* 1228, p. 291-293. — MANSI, XXIII, 76. — RAYNALDI, *Annales*, 1227, § 30 y sig.

(2) *Chronic.*, ABBATIS URSPERGENS., p. 337: «*Hic tanquam superbus primo anno pontificatus sui cepit excommunicare Fridericum imperatorem pro causis frivolis et falsis.*»

(3) TILLEMONT (*Vida de San Luis*, t. I, p. 129) prueba con los testimonios de los contemporáneos, en cuanto estas cosas pueden probarse, que la enfermedad de Federico era real. Añade, y con mucha razón, que Federico tenía el mayor interés en no indisponerse inútilmente con el Papa y con toda la cristiandad.

ma nuestra madre, nuestra nodriza; pero sus actos son los de una madrastra. ¿Qué ha hecho del Conde de Tolosa? Lo ha despojado de su herencia. ¿Qué ha hecho en Inglaterra? Ha fomentado la división, sosteniendo unas veces á los barones contra su rey, otras al rey contra sus barones, hasta que Juan sin Tierra se entregó al Papa con su reino. ¿Cuál es en definitiva el móvil de su conducta? La ambición y la avaricia. Cubiertos con pieles de oveja, los romanos son lobos carnívoros. Los legados de Roma no propagan la palabra de Dios; buscan el dinero, saquean las iglesias y los monasterios, esos refugios erigidos por nuestros padres para los desgraciados. No era así la Iglesia primitiva; estaba fundada en la pobreza y en la sencillez, y entonces produjo todos esos santos que veneramos. Hoy que los romanos nadan en riquezas, que edifican sobre la riqueza, debemos temer que los muros de la Iglesia se vengan abajo, por estar arruinados sus fundamentos.» Federico dirigió estas vivas recriminaciones á todos los príncipes cristianos: «La ambición de Roma los amenaza á todos; no se duerman en una confianza fatal: *Cuando se queme la casa de tu vecino, ten cuidado con la tuya*» (1).

Federico, al acusar al Papa de usurpación, tenía razón. El Pontificado no se propone más que un objeto: el engrandecimiento de la Sede de Roma; renueva la dominación del pueblo-rey, y á estos planes ambiciosos lo sacrifica todo, hasta los intereses de la religión. Las cosas llegaron á tal extremo, que las cruzadas, esa santa empresa de la cristiandad, se convirtieron en una arma de guerra. El Papa había excomulgado á Federico porque no se había puesto á la cabeza de los cruzados; el Emperador declara que está dispuesto á cumplir su voto, y pide su absolución. Era de esperar que Gregorio se apresurase á volverlo á la comunión de la Iglesia y á hacer un llamamiento á la cristiandad para rescatar el sepulcro de Cristo. El Papa se niega á levantar la excomunión; prohíbe á los caballeros de Palestina que ayuden á Federico; llega hasta ponerse en relación con los infieles para sublevar-

(1) MATTH. PARIS, *ad a.* 1228, p. 293 y sig.—*Historia Diplomatica FRIDERICI II*, t. III, p. 37-48.

los contra el jefe temporal de la cristiandad (1). Hace más; se aprovecha de la ausencia de Federico para invadir sus Estados de Sicilia; en lugar de armar á los fieles contra los Sarracenos, los excita contra un rey que combate por la causa del cristianismo (2). A pesar de estos obstáculos, Federico consigue por medio de hábiles negociaciones lo que los cruzados no habían podido obtener por la fuerza de las armas. Los Sarracenos le entregan Jerusalem; el sepulcro de Cristo está rescatado. ¿Aplaudirá el Papa esta victoria inesperada? Gregorio escribe á todos los príncipes cristianos para censurar la paz celebrada por Federico como «un crimen execrable que inspira horror y asombro» (3). Federico, inspirado por su espíritu tolerante, había consentido en dejar á los Mahometanos el templo de Salomón, si bien reservando á los peregrinos el derecho de visitarlo. El Papa dijo que esto era una profanación, como si el Emperador hubiese dejado abierto á los infieles el sepulcro de Cristo. La historia se ha encargado de responder á las rencorosas imputaciones del Papa: combates seculares y la sangre de millares de cruzados no han podido conseguir para la cristiandad un tratado tan favorable como el del impío Federico (4).

La cristiandad permaneció sorda á las acusaciones de Gregorio. El Papa había ido más allá de su objeto. Los fieles, lejos de participar de su indignación contra Federico, se felicitaron de que

(1) Federico acusó á Gregorio de haber escrito al Soldan induciéndole á que no cediese en nada al Emperador. Gregorio lo negó. Pero Federico pretendió tener las cartas del Papa en sus manos (PETR. DE VINEIS, *Epist.* I, 21 y 30). MATTHIEU PARIS confirma el hecho de la traición (*Hist. Maj.*, *ad a.* 1229, p. 302).

(2) Es verdad que Gregorio no fué el primer agresor; las hostilidades habían empezado sin que Federico lo supiese y contra su voluntad. Pero también es verdad que el Papa explotó la ausencia de Federico y que convirtió en una guerra sagrada una guerra de venganza. Federico tenía, pues, razón en censurarle su conducta (DE VINEIS, *Epist.* I, 18).

(3) RAYNALD, *Annal. Eccl.* *ad a.* 1229, núm. 24.

(4) Los historiadores contemporáneos, RICHARD DE SAINT-GERMAIN, MATTHIEU PARIS, EL ABAD DE URSBERG, se decidieron por Federico (WILKEN, *Geschichte der Kreuzzüge*, t. VI, p. 508). Los poetas cantaron su gloria: «Jerusalén y Ascalón, dice G. FIGUÉRES, el célebre trovador, han sido conquistadas sin arcos ni flechas, y con el soldan ha hecho una gloriosa y buena paz.» (*Historia literaria de Francia*, por los BENEDICTINOS, t. XVIII, p. 658).

los peregrinos pudiesen nuevamente visitar los Santos Lugares (1). La conciencia general se sublevó cuando vió al Vicario de Cristo tratar como enemigo á un príncipe que rescataba el sepulcro de Salvador: «¿Quién no ha de deplorar esta manera de obrar, exclama el *abate de Ursperg*, quién no lo ha de detestar? ¡Parece un presagio horrible, una profecía de la ruina de la Iglesia!» (2). Los barones de Francia compararon á Federico con Gregorio; vieron que el Emperador, censurado por la Iglesia, demostraba más celo que el Papa por la cristiandad; el uno exponía su vida en servicio de Jesucristo; el otro, en lugar de ayudarle, se aprovechaba de su ausencia para perderle y despojarle (3). El clero mismo desaprobó la cólera de Gregorio; preguntábase: «¿Con qué derecho el Pontífice de Roma hacía guerra á cristianos? ¿Cómo conciliar esta conducta con las palabras de Jesucristo á San Pedro: *Envaina tu espada, porque á hierro muere quien á hierro mata?* ¿Cómo puede el Papa dar su asentimiento á robos y á muertes, cuando su misión es la de excomulgar á los ladrones y asesinos?» (4).

Gregorio se vió obligado á ceder. El Papa y el Emperador se reconciliaron, en apariencia con sinceridad. Gregorio manifestó una viva alegría al ver al jefe temporal de la cristiandad volver á entrar en el seno de los fieles; compara la felicidad de la Iglesia con la de Ana, «que no podía soportar el alejamiento de su hijo Tobías; en su dolor y en su impaciencia, recorría todos los caminos; por fin, desde lo alto de una montaña lo descubrió á lo lejos, y su alma experimentó un gozo inexplicable. ¿Cuál no debe ser la alegría de la Iglesia que recibe á su hijo, grande en-

(1) El gran maestre de la órden Teutónica que estaba en los Santos Lugares, confiesa que no era posible obtener mejores condiciones: «*Sicut Deus novit, pacem et tregam non potuit aliter stabilire.*» (*Historia Diplomatica Friderici*, t. III, p. 102).

(2) *Chron. URSPERG.*, p. 339.

(3) Estas son las censuras que los barones franceses dirigen al Papa: «*Scimus quod Domino nostro Jesu Christo fideliter militavit (Fridericus), marinis et bellicis se periculis confidenter opponens. Tantum religionis in Papa non invenimus: immo qui eum debuit promovisse et Deo militantem protezisse, eum conatus est absentem confundere et nequiter supplantare.*» (*MATTH. PARIS*, ad a. 1239, p. 464).

(4) *MATTH. PARIS*, ad a. 1229, p. 298.

tre los grandes, que vuelve de la tierra de división? ¿Dónde encontrar palabras para expresar su felicidad?» (1). Federico también creyó al parecer en una paz formal: la carta que escribió á los príncipes alemanes respira sentimientos de respeto y de reconocimiento hácia el anciano que ocupaba el trono de San Pedro: «Se habian visto, se habian hablado; las nubes eran disipadas por el sol que alumbraba nuevamente al mundo cristiano» (2). La buena inteligencia entre Federico y Gregorio parecía realizar la utopía de la Edad Media, la unidad cristiana bajo dos jefes que conducen de consuno á los pueblos cristianos hácia su destino: «El Sacerdocio y el Imperio no están separados más que por el lenguaje; en el fondo forman un solo cuerpo, cuyo principio está en Dios. No podrían dividirse sin producir la ruina de la religión cristiana. Si bien hay dos espadas, no hay, sin embargo, más que una sola Iglesia, una sola cristiandad.... Lejos de nosotros el pensamiento de que esta unidad, esta armonía del Padre y del Hijo puedan romperse nunca. Creemos, por el contrario, y profesamos públicamente que ambos no somos más que uno en toda la sinceridad de nuestro corazón» (3). Federico es quien escribe estas palabras; no ponemos en duda su sinceridad, como no dudamos de la alegría que el Papa experimentó al ver restablecida la paz del mundo cristiano. Sin embargo, en el fondo la paz no era más que una tregua; una hostilidad implacable, la de los principios, separaba al Papa y al Emperador. Pero los hombres tienen una necesidad tan profunda de unión y de concordia, que en sus disensiones más furiosas les acontece á veces el creer en la posibilidad de una armonía permanente: es el ideal que se abre paso á través de la dolorosa realidad; es un rayo divino que en medio de las tormentas viene á iluminar á los hombres acerca de su verdadero destino. Pero estos momentos de ilusión pasan pronto; sólo á través de los sufrimientos es como se acerca la humanidad hácia

(1) *RAYNALD*, *Annal. Eccl.*, ad a. 1230, núm. 11.

(2) *PERTZ*, *Leg.* II, 275.

(3) *FRIDERICI Epist. ad Gregor.*, a. 1232: «*Firmiter credimus et publice profiteremur quod nos duo velut pater et filius unum sumus.*» (*Historia Diplomatica FRIDERICI II*, t. IV, p. 409-411).

la unidad, la paz y la armonía, último término de su laboriosa carrera.

La reconciliación de Federico y de Gregorio no podía ser duradera. Federico había atacado al Pontificado en sus fundamentos; no se había contentado con hacer un llamamiento á todos los príncipes cristianos para reunirlos contra el enemigo común, sino que había dejado escapar palabras que iban más allá que el catolicismo de la Edad Media: ¿no hacía de los tiempos primitivos del cristianismo un ideal, del cual la Iglesia se había separado con gran peligro de la religión? Según aquella concepción, el Pontificado debía desaparecer, como, en efecto, ha desaparecido después de la Reforma. En el siglo XIII las previsiones del Emperador y los temores del Papa no iban tan lejos, pero basta con que los sentimientos de Federico tuviesen esta tendencia, para demostrar que la armonía era un sueño y que la hostilidad estaba en la naturaleza de las cosas.

Federico pensó seriamente en someter á los Lombardos. La larga rivalidad de Felipe de Suabia y de Oton de Sajonia había debilitado la autoridad del Imperio. Las ciudades italianas no respetaban ya ni aún la paz de Constanza, arrancada á Barbaroja por la victoria de Lignano; renovaron su confederación, y sus primeras medidas fueron actos hostiles á Federico. El Papa trató de conciliar la libertad de los Lombardos con el poder del Emperador, pero aquellas tentativas de negociación debían tener mal resultado. Las ciudades lombardas eran de hecho independientes, y consideraban su independencia como un derecho. Federico, por el contrario, veía en la libertad italiana un ataque á la unidad del Imperio, una anarquía salvaje (1); quería poner término á esta licencia y llevar á la unidad todas las partes del Imperio (2). El genio de la libertad y el espíritu de dominación estaban en lucha; era un combate á muerte. Un odio furioso animaba á ambos

(1) « *Juri præfertur injuria et voluntas justitiæ dominatur, æum quidam Italiæ populi sceptrum contemnere conantur imperii, ac libertatis cujusquam vagæ luxuriam quieti pacis imponunt et æquitati justitiæque prætulæunt.* » (*Historia Diplomatica FRIDERICI II*, t. IV, p. 873.)

(2) DE VINEIS, III, 1: « *Sic illud Italiæ medium nostri undique viribus conculcatum, ad nostræ serenitatis obsequia, et Imperii redeat unitatem.* »

partidos. Los Italianos declararon digno de muerte al que tuviera relaciones con el Emperador, al que simplemente pronunciara su nombre (1). Federico, victorioso, exigió una sumisión ilimitada. Entonces los Italianos, recordando la suerte de Milan, juraron morir con las armas en la mano antes que perecer en la opresión ó por mano del verdugo (2).

¿Qué papel desempeñó el Pontificado en aquellas sangrientas divisiones? Era el aliado necesario de las ciudades italianas. Si Federico, que ya era rey de Nápoles y de Sicilia, hubiera dominado la Lombardía, hubiera sido dueño de Roma; Gregorio abrazó el partido de los Lombardos. Federico se lo echó en cara amargamente: « Los Lombardos son súbditos insurrectos; por consiguiente, ¡el Papa protege la violencia contra el derecho! Los Lombardos son heréticos, y ¡el Papa es su aliado! Gregorio antepone la libertad de los Lombardos á la causa de la cristiandad; ¡está dispuesto á abandonar los intereses de la Tierra Santa con tal que el Emperador le deje reinar en Italia! » (3). Federico no ve que la independencia de las ciudades lombardas es una cuestión vital para el Papa; si los Lombardos sucumben, el poder temporal de la Santa Sede ha concluido y hasta su poder espiritual queda comprometido (4). No sin razón, pues, acusaba Gregorio á Federico de que quería dominar la Iglesia. ¿Qué ha sido de aquella armonía que debía reinar entre el Papa y el Emperador, esos dos jefes de la cristiandad que no forman más que una cabeza? El hijo se levanta contra el padre (5), y el padre truena contra el hijo. Federico es excomulgado nuevamente, y morirá bajo el peso del anatema.

Gregorio pronuncia imprecaciones terribles contra Federico: lo entrega á Satanás el día de su muerte, absuelve á todos sus súbditos.

(1) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. III, p. 596.

(2) RAYNALD., *Annal.*, a. 1238, núm. 69: « *Malumus sub clypeo, gladio vel lancea mori, vel spiculis, quam laqueo, fame vel incendiis.* »

(3) P. DE VINEIS, *Epist.* I, 21.

(4) « Si los emperadores hubiesen podido establecerse en Roma, no hubiesen sido los papas más que sus capellanes. » VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. 37.

(5) *Epist. Gregor. ap. RAYNALD. a. 1236*, núm. 25: *Nonne miserabilis insanie esse cognoscitur, si filius patrem conetur arguere?...*